

LA CASA QUE HABITA EN LA MEMORIA

María Angélica Garzón Martínez¹

La finca quedaba en una loma. Para un lado de la loma eran guerrilleros y para el otro lado eran paramilitares. No me acuerdo de muchas cosas, pero me acuerdo de la casa que nosotros teníamos. Era una casita en madera en una aplanadita. Me acuerdo que mi mamá tenía una caneca para quemar basura y ahí yo me quemé una mano, por eso me acuerdo. Eso era un solar grande, nos la pasábamos jugando con mis hermanos.

Las anteriores palabras son de Rosaura, una mujer de 36 años de edad, boyacense, víctima de desplazamiento forzado. Cuando le pregunté a Rosaura sobre su historia, ella me relató la serie de trasegares (Salcedo-Fidalgo, 2015) a los que se vio abocada desde muy temprano en su infancia. Expulsada por la violencia esmeraldera de Pauna (Boyacá), el municipio en el que nació, Rosaura ha pasado gran parte de su vida huyendo por causa del conflicto armado. Su relato parece no diferenciarse de otros elaborados por hombres y mujeres que hacen parte de las casi 7.176.886 de víctimas de desplazamiento forzado que se contabilizan hoy en Colombia (RUV, corte 01 de junio). Sin embargo, lo que encuentro interesante en la narración de Rosaura es que las memorias que elabora respecto a su historia de movilidad forzada se estructuran a partir de los recuerdos de las casas habitadas por ella durante los diversos trayectos que ha recorrido.

Estos recuerdos coinciden con los elaborados por Myriam y Ruth. La primera, una mujer nacida en el departamento del Huila, de cuarenta años de edad, que también es víctima del desplazamiento forzado y, la segunda, una mujer que rodea los sesenta años de edad y cuyo

¹ Socióloga, Maestra en sociología y candidata a Doctora en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Docente de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia UPTC. Miembro del grupo de investigación Interdisciplinario de Investigaciones Arqueológicas e Históricas. Tunja, Colombia. maria.garzon03@uptc.edu.co

esposo fue desaparecido forzosamente. Rosaura, Myriam y Ruth recuerdan sus vivencias del conflicto armado a través de las casas que han habitado. ¿Qué casas recuerdan estas mujeres? ¿Cómo las narran? y ¿Por qué la casa resulta en hito al momento de reconstruir memorias del conflicto armado? Son algunas de las preguntas que los testimonios de Rosaura, Myriam y Ruth me plantearon y sobre lo que quiero reflexionar aquí.

Tres mujeres, varias casas

En una entrevista grupal que tuve la oportunidad de realizar en agosto de 2016 con mujeres víctimas de la violencia del conflicto armado en el departamento de Boyacá, Rosaura, Myriam y Ruth compartieron sus historias. Rosaura recordó la casa de la infancia, ubicada en el municipio de Pauna (Boyacá) donde vivió junto a su padre, su madre y sus dos hermanos varones los tres primeros meses de su vida. De esta casa, Rosaura solo sabe que fue la guerra esmeraldera la que expulsó su familia hacia el Huila donde, con gran esfuerzo, en palabras de Rosaura: “papá y mamá compraron una finca que quedaba en una loma”.

En esta casa, Rosaura y su familia permanecieron hasta que sus hermanos mayores, que se encontraban entre los 14 y 15 años de edad comenzaron a ser codiciados tanto por grupos paramilitares como por guerrilleros que actuaban en este territorio. Los dos bandos hacían constantes visitas a la casa de Rosaura para hablar con su padre y solicitarle que “colaborara con la causa”. Esto le costó a la familia de Rosaura un nuevo desplazamiento forzado: salieron hacia la ciudad de Neiva buscando un terreno donde pudieran instalarse y junto a doce familias más iniciaron una invasión. Allí las casas eran pequeñas, amontonadas, hechas de un material similar a la cartulina: ¡Casas de papel! Recuerda Rosaura. De esta casa, también la sacó la guerra. Amenazada con ser reclutada por grupos guerrilleros, Rosaura tuvo que trasladarse junto a su esposo nuevamente a Pauna (Boyacá), lugar del que había salido a los tres meses de edad. Hoy, después de casi diez y seis años viviendo allí, sigue residiendo en casa de su suegra.

Las palabras de Rosaura hacen eco en Ruth, mujer boyacense que no desperdicia oportunidad para decir que ella quiere vender su lote e irse a vivir a una casa en el casco urbano de Pauna. Ruth recuerda a su esposo quien fue desaparecido forzosamente en la década del ochenta. Lo nombra desde los rasgos que caracterizaban su carácter, los oficios a los que se dedicaba, la comida que le gustaba y la habitación que compartían como pareja. “A él se lo llevaron”, dice Ruth, “no volvía a saber nada, no sé si está vivo o muerto”. Con el peso de la incertidumbre y durmiendo en la misma habitación que compartía con su esposo, Ruth lleva más de veinte años esperando noticias de él: que se lo entreguen vivo o muerto.

Por su parte, Myriam recuerda las incursiones de paramilitares en su vereda: cuando mataron al vecino, cuando amenazaron al de la tienda, cuando advirtieron a la comunidad que era mejor marcharse. En su narración, Myriam recurre a los lugares de la casa para dar cuenta de lo sucedido. Así señala, por ejemplo, el patio como el lugar donde ocurrieron asesinatos o amenazas; su habitación como el lugar de protección y la puerta como el umbral que marcó su partida definitiva. Myriam es del Huila, lleva cinco años viviendo en Boyacá. Llegó a este departamento en búsqueda de tranquilidad para ella y su familia.

La casa como metáfora

La casa desde una perspectiva sociológica puede entenderse siguiendo a Bourdieu (2007) como un microcosmos que refleja relaciones sociales. En este sentido, la casa es una imagen reducida del mundo o sistema de relaciones que se organiza de la misma forma en que se organiza el mundo “exterior”. Por su parte, Bachelard (2000) describe la casa como un espacio cultural, social y simbólico que responde a estructuras colectivas. En su acercamiento fenomenológico a la casa la define como “cuerpo y alma”, es decir, aquello que le da “al hombre razones o ilusiones de estabilidad” (p.37). De allí, la casa como refugio, nido, seguridad.

Para el caso de las casas que recuerdan las mujeres con las que trabajé, la división exterior/interior propuesta por Bourdieu (2007) poco aplica en su narrativa puesto que las interacciones de violencia, poder y subordinación impuestas desde el conflicto armado se desarrollaron al interior de sus casas sin hacer mayor distinción entre la casa como hogar, la casa como estructura o la casa como intimidad. En los testimonios recogidos durante la investigación, se hizo evidente que el recuerdo de las casas que han habitado estas mujeres no se configuran a partir de dualidades como las propuestas por Bourdieu (2007) o las ideas de refugio, morada o estabilidad de la que habla Bachelard (2000), sino que el recuerdo, la definición y la significación de las casas se hace de forma mucho más compleja, a manera de cronotopo que vincula tanto el espacio perdido como el tiempo perdido (Bahloul, 1992). En este sentido, la casa narrada por Rosaura, Myriam y Ruth es una que vincula espacialidad, tiempos y subjetividades que resultan afectadas ya sea por la expulsión (en el caso de Rosaura y Myriam) o por la ausencia (en el caso de Ruth).

Ejemplo de lo anterior es el énfasis que tanto Rosaura como Myriam colocan en la narración de los patios -que en casas de carácter rural suelen colindar con casas de vecinos y vecinas, ser lugares de reunión y de crianza de animales como gallinas-, a los que llegaron grupos paramilitares o guerrilleros a amenazar a sus familias. La incursión en el patio de los violentos significa su incursión en la estructura vecinal, familiar y productiva. El patio representa aquí las diversas transacciones que las personas tuvieron que realizar para poder habitar en medio de la violencia: el silencio, la colaboración forzada, el acatamiento del orden impuesto.

Por su parte, Ruth recuerda la habitación que compartía con su esposo: la habitación matrimonial. Es allí donde la ausencia se inscribe con fuerza, en el espacio íntimo de la habitación, en el espacio de Ruth, en su vida y su descanso, en el desvelo que le produce el no saber si su esposo murió, se marchó o se encuentra secuestrado. La habitación de Ruth significa

espera, inmutabilidad, la permanencia del recuerdo y un olvido feliz (Ricoeur, 2004) que no llega. Finalmente, las casas de “papel” que recuerda Rosaura son testimonio de la vulnerabilidad que representan unas paredes fáciles de traspasar, pero también una situación de desplazamiento forzado que se repite constantemente.

Tal y como lo señala Bahoul (1992), es común encontrar memorias elaboradas por poblaciones desarraigadas donde la casa del pasado toma un lugar relevante. Para esta autora, esta rememoración implica distintos sistemas de significados. Recordar la casa de la expulsión ubica un punto desde el cual explicar la ruptura con un mundo familiar, pero también la que le permite a esta población negociar con el pasado para construirse un nuevo lugar en la historia. Así, las narrativas que se elaboran en torno al recuerdo de la casa restauran conexiones con el lugar, con el sentido de lugar y con una historia nacional que aún desconoce dinámicas, causas y consecuencias del desplazamiento forzado.

La casa que habita la memoria

La casa que habita en la memoria puede dar pistas valiosas para entender las intersecciones que se tejen entre el recuerdo de un pasado violento, un presente que es leído por las mujeres con quienes trabajé como colmado de carencias y un futuro en el que se siguen cifrando las esperanzas por un mejor vivir. Es la casa, lo que permite a estas mujeres conectar presente y pasado a través de un puente simbólico (Bahoul, 1992) encargado de ubicar y resaltar las rupturas vitales que produjo la violencia y la recomposición que han hecho en medio de ella. En este sentido, la casa resulta representada desde diferentes aristas: como refugio personal y familiar (Bachelard, 2000), como trinchera o ruptura y como añoranza. Los lugares recordados dan cuenta tanto de situaciones, personas, sentimientos y subjetividades, como de la desestructuración del tejido familiar, social, económico, político y cultural que produjo el conflicto armado.

La casa recordada por estas tres mujeres recrea, en palabras de Serrano (1995), ilusiones de estabilidad, de orden y distanciamiento del azar, pero también son la denuncia de la violencia, las reclamaciones que sobre los hechos victimizantes se realizan y la forma en que imaginan un mejor futuro. Así, por ejemplo, llama la atención cómo los testimonios de las mujeres asocian fuertemente lugares a situaciones producidas por el conflicto armado y significados en torno a éste:

Patio: Como el lugar al que llegaron los violentos a amenazar o asesinar. Se le significa como el lugar social y familiar en el que irrumpe la violencia.

Habitación: Recordada como el lugar de refugio, la habitación significa refugio, protección, pero en el caso de Ruth, es añoranza.

Paredes de cartón: es la representación de la profunda vulnerabilidad que representa la situación de desplazamiento forzado y los diversos trasegares que esta impone.

Puertas: el umbral, la salida forzada, la expulsión y la ruptura.

Casa propia: es el sueño, el anhelo y el proyecto de las tres mujeres. Representa la reestructuración del proyecto de vida y la capacidad que tienen las víctimas para rehacerse en medio del conflicto armado.

Lo que encuentro, entonces, es la elaboración de unas memorias en las que se recuerda la casa como metáfora de lo vulnerado y transformado mediante la experiencia de la violencia. También como ruta seguida durante el desplazamiento forzado y como el espacio biográfico en el que irrumpe la desaparición forzada como determinante del trayecto de vida. Me encuentro ante la casa no como un lugar de la memoria, sino como un recuerdo que alberga lugares, es decir, como una narrativa de la violencia que intenta significarla, negociar con el pasado, reconstruir identidad y dar cuenta de unos referentes sociales fuertemente determinados por el conflicto armado. De esta forma, la casa que habita en la memoria es una que da cuenta de la historia de violencia sufrida por Rosaura, Myriam y Ruth, de las personas, relaciones,

geografías abandonadas a consecuencia del conflicto armado, pero también, de la forma en que estas mujeres han logrado resistir a la violencia, recomponerse como lideresas (todas hacen parte de procesos organizativos) y apostarle a tener una casa propia. Creo que para las mujeres víctimas del conflicto armado en Boyacá el significado de la casa se revela en el recuerdo y es a través de éste que la casa es visitada, resignificada y habitada para hacer posible habitar otras casas, reconstruir subjetividades y seguir con sus vidas de la forma en que lo han hecho.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del Espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bahloul, J. (1992). *The Architecture of Memory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro : para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias.
- Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Jelin, E., & Langland, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Riaño, P. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. ICAHN. Medellín.
- Ricoeur, P. (2004). *La Memoria, la Historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Salcedo-Fidalgo, A. (2015). *Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Seremetakis, N. (1994). *The Senses Still*. Chicago: University of Chicago Press.
- Serrano, A. (1995). El hogar y sus objetos: Un análisis semio-sociológico. *Política y sociedad*, 225-231.